

# Los presos de Burgos nos llaman

• Nunca, desde los días de Lister y el Ejército del Ebro; nunca, desde Capital de la Gloria; nunca desde aquel ferroviario que escribía con el dedo "Bivan los compañeros, Pedro Rojas", he sentido tan honda, tan estremecida y lacerante, —como un gran árbol lleno de lágrimas y gritos— esta España que vive presente en nuestro corazón.

Muro se llama la pequeña revista que los presos políticos escribieron para nosotros, hombres de América Latina, hijos y padres adoptivos de España, para darnos un apretón de manos, mostrarnos lo que son y cómo viven, y pedirnos que no los olvidemos: "Estamos en deuda con todo el mundo. El corazón de cada preso es un gran campamento donde el amor y el agradecimiento velan y trabajan incansablemente. Quisiéramos llegar a todas partes, estrechar, una a una, todas las manos que se tienden hacia nosotros" dice Marcos Ana en la emocionante "Carta a nuestros amigos de América Latina" que abre este número único de la revista secreta del penal de Burgos que el Consejo Iberoamericano pro Amnistía para los Presos y exilados de España y Portugal ha editado en facsimil para recaudar fondos para su obra solidaria.

Muro, Páginas de la prisión, Burgos, agosto 1961. Así reza la portada, y tras ella cada letra cuidadosamente caligrafiada, cada poema, cada estrofa, cada historia personal desgarradora, cada dibujo por donde pasan imágenes de las celdas, palomas que vuelan en la noche, retratos de amigos y de condenados, monstruos pesadillescos, va componiendo un testimonio trágico, austero e implacable, cuya lectura casi no puede resistirse.

Porque allí está la carta que una niña de doce años escribe a su padre preso para contarle con su redacción elemental y su ortografía penosa, el otro drama, el de la casa, el del hambre: "Papá ya no bol a la escuela Porque mamá viene muy cansada y yo soi la que le doi de comer por la noche a los niños". Porque allí está la historia de Antonio Gil Benet, 66 años, ex-presidente del Sindicato de Profesores de Orquesta de Santander, miembro de la Asociación Nacional de Directores, el maestro Gil Benet que tocó durante años el violín en la prisión y cantó empecinadamente a pesar de sus sufrimientos, para sus compañeros de cárcel. Porque allí están las historias sucintas: la más conocida de Fernando Macarro Castillo, y la de Melquídez Rodríguez Chaos, y Jacinto Ochoa Martocienza, y Fabriciano Rogel Fidalgo y Rafael Gómez Peres, todos esos hombres que entraron en la juventud a la cárcel y que nos dicen "El general Franco nos niega, pero existimos. En los presidios españoles seguimos centenares de presos políticos. Algunos van saliendo en libertad después de haberse dejado bajo los muros, 10, 15 y hasta 20 años de su vida. Pero los puestos se cubren con rapidez..."

Allí aparece de pronto la impresión en tinta negra de una mano abierta, con su gran M de muerte en la palma; una mano cuarteada, hendida, trabajada por la vida, cavada por una historia proletaria que empieza a los 14 años de aprendiz de encuadernador, y que a través de prisiones sucesivas llegará a la actual condena a 30 años de cárcel. Es la mano de Manuel Moia Montero, obrero encuadernador de sesenta y un años de edad, golpeado y torturado en varias oportunidades, internado ahora en la enfermería de la prisión, una mano abierta que dice "alto, aquí estoy, muriéndome".

Allí está la voz grave de Marcos Ana, el muchacho que se hizo hombre maduro en la prisión, que se hizo poeta de seca, maciza entonación dramática, que trepando por los libros de Antonio Machado, de Miguel Hernández, de Rafael Alberti, alcanzó por fin una voz propia con la cual decir sin lágrimas de su vida deshecha.

Decídme cómo es un árbol.

Decídme el canto de un río

cuando se cubre de pájaros.

• con la cual, desde la oscuridad, desde la clausura, nos acerca su mensaje, el eco transido con que responde al clamor que el mundo levantó por salvarlo:

Hago señales en la Noche. Nuevo  
mi corazón como un farol de sangre.

Escucho el eco rojo, la resaca  
de un corazón gigante.

Me llega su reflejo. Se deslumbra  
la Noche de las cárceles.

Muro se llama. "Imaginad el audaz proceso que sigue la elaboración de una revista en la cárcel. Pensad en cada colaborador trabajando en la noche silenciosa, sobresaltado por los "alertas" y las rondas de los funcionarios. En ocasiones, cuando todo está terminado, hay que romperlo para volver a comenzar a los pocos días; y esta operación de romper y rehacer, puede repetirse dos, tres, cuatro veces, convirtiéndose en un auténtico trabajo de Sísifo. Después hay que salvar los muros y hacerla llegar a su destino". Llegó a su destino, a nosotros los latinoamericanos, y leyéndola he sentido bajo la emoción que eriza la piel, moja los ojos, llena el corazón de furias y penas, el orgullo grande de ser hombres en esa dimensión heroica que espanta. Diez, quince, veinte años de cárcel, de vejaciones, de torturas, de aislamiento, como los que Marcos Ana cuenta en esta misma página, han pasado. Han aniquilado las fuerzas del cuerpo y no han podido doblegar a estos hombres, a quienes mueve una indomable fuerza interior, una fe y una esperanza que canta desde el fondo de sus celdas. Han matado, han asesinado, como a Grimau, han cometido todos los horrores y estos hombres siguen tercamente peleando por sus vidas y por las vidas de todos los hombres. Porque ellos son la sal de la tierra, el grano de mostaza, en ellos está la verdad y la vida, ¿y quién puede contra ellas?

Angel Rama